

Los primitivos italianos (I)

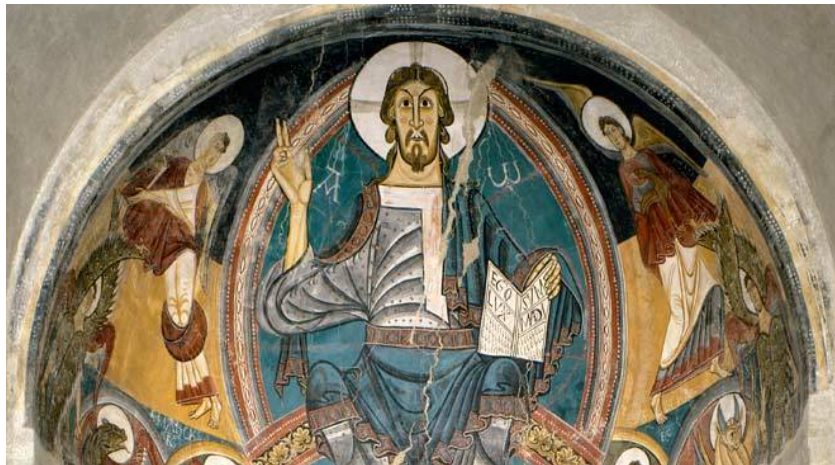
En 1550 Giorgio Vasari (Arezzo 1511- Florencia 1574) arquitecto, pintor y escultor publica la primera edición de su obra monumental *Las Vidas de los más ilustres arquitectos, pintores y escultores italianos, desde Cimabue a nuestros tiempos*. Es considerado uno de los primeros historiadores del arte, y uno de los autores más influyentes de la época.

La obra recopila las biografías desde lo que él denominó los Primitivos, maestros que preceden a los artistas del Renacimiento, término acuñado por el autor.

En opinión de Vasari las artes visuales habrían alcanzado su primera culminación en la Antigüedad Grecorromana y habrían decaído a partir del hundimiento del Imperio Romano.

La causa de la decadencia habría sido el alejamiento de la naturaleza, que Vasari ejemplifica con la perduración del estilo bizantino.

En realidad, esto fue un proceso más complejo. El arte del Duocento y Trecento italiano quedará marcado por el vínculo comercial con Bizancio. Será en la pintura de caballete en oposición a la pintura mural, donde descubriremos las innovaciones que se alejan de la pintura románica, de la que España presume de un genio singular, como son las pinturas murales del ábside de *San Clemente de Tahull* o las de *San Isidoro de León*.



Ábside de *San Clemente de Tahull*, MNAC, Museu Nacional d'Art de Catalunya, Barcelona

Estará influenciada por los objetos preciosos procedentes de Bizancio y se reflejará en magníficos paneles de oro que envuelven a las figuras a las que "adorar".

Raquel Sáez | Art Project Manager

Phone (+34) 626 356 800 | Email info@art-pro.es

Instagram/Twitter @artpro_es
Facebook @artpro20

www.art-pro.es

La mentalidad medieval consideraba que los materiales más preciosos y costosos deberían servir para la Sagrada Eucaristía como símbolo de reverencia y devoción. El *aurum* material noble, dúctil, y brillante será asociado al poder divino a la vez que símbolo de eternidad. Por tanto, no es de extrañar, que dentro del carácter teológico universalista que impregna el periodo gótico se emplee este material como fondo para ilustrar las escenas bíblicas con las que la Iglesia quería conmover al feligrés.

Affectum movere, alzar nuestra mirada al mundo divino, despertar la piedad. En una vida concebida como *peregrinatio* las imágenes religiosas ejercían un profundo efecto en la imaginación popular. Estas obras, hoy descontextualizadas de su entorno, se exhibían en altares y capillas, entonces espacios arquitectónicos de altura elevada, algunos impregnados de una luz iridiscente provocada por las extraordinarias vidrieras góticas. Se creaba así, un escenario único para la salvación eterna que el *uomo viator* había de buscar en una manifestación de lo bello. Lo bello, como símbolo de lo inalcanzable por los ojos del hombre. Contemplar lo místico y trascendente de Dios. Santo Tomás de Aquino (1225-1274) definió la belleza como el esplendor de la bondad, por tanto, establecía una relación entre la obra y el sujeto.

¿Estáis ya imaginando alguna obra con estas características? ¿Alguna vez os habéis preguntado cómo las llevaban a cabo los artistas?. Permitidme que os cuente cómo funcionaba este gremio.



Francesco Traini *Virgen con el Niño* h.1345, Oro fino y temple sobre tabla, 48 x 42cm. Museo del Prado, Madrid.

En Italia, la mayoría de los pintores eran miembros subsidiarios del *Arte dei Medici e Speciali* (Guilda de los Doctores y Boticarios) a los que pertenecían también un número de artesanos que trataban con materiales similares como barberos y talabarteros.

Las regulaciones de cada gilda eran diferentes en cada ciudad. Todas controlaban el ejercicio de la profesión, regulaban la producción, los medios empleados, la relación con el cliente, los contratos, etc. Nadie podía ejercer la profesión fuera de él. Se conservan estatutos de algunos gremios, como los de Florencia, Siena y Perugia. Procuraban, entre muchas cosas, que no dieran gato por liebre, por ejemplo, prohíben sustituir el oro puro por plata dorada, el azul ultramar por azurita alemana, etc. Nada quedaba al azar.

En los contratos, se especificaban los materiales a utilizar y cuáles estaban prohibidos. Se exigía la mayor calidad, se especificaban las medidas, el tema, el diseño de la composición, la fecha de entrega, la ubicación final de la obra y la forma de transportarla. Los pagos normalmente se hacían en tres fases y si la obra no gustaba se la quedaría el pintor ¡incluso si había ejecutado un retablo!.

Para imaginarnos el ambiente de las urbes contemplemos esta pintura al fresco que no deja de ser un escenario idealizado en el que sí podemos observar un detalle real: los talleres de los artistas eran espacios abiertos a la calle.



Ambrogio Lorenzetti, *Alegoría del buen gobierno*, 1338-1339. Pintura al fresco
Salón de los Nueve, Ayuntamiento de Siena, Italia.

En la Baja Edad Media el rápido crecimiento de las urbes y de las universidades dominadas por la escolástica, crearon una élite cultural elevada. Aunque el artesano del taller vivía en un mundo separado del observador cultivado, se apreciaba una buena obra realizada con destreza y claridad. Y de esto, hablaremos en nuestro próximo capítulo.